

PLUMA y LAPIZ



LEYENDAS Y TRADICIONES

(TOLEDO)

Cómo hablar de la inmortal Toledo, de la señora del Tajo, al que un doble puente domina, de la ciudad famosa por sus recuerdos históricos, por su catedral, por monumentos tan artísticos como Santa María la Blanca ó la casa que en la actualidad pertenece á la familia de Mesa y fué un tiempo colegio de Doncellas Virgenes, y tan antiguos como la iglesia de Santo Tomé? ¿Cómo hablar de la que un tiempo fué corte de España, y no citar el nombre de Padilla?

Harto conocido es el episodio histórico llamado *el levantamiento de las comunidades*, fatal para sus caudillos que de Villalar fueron al cadalso; pero hay un detalle de aquella desigual contienda que no ha logrado popularidad igual á la conseguida por la sangrienta rota que hizo caer las cabezas de Juan de Padilla, Bravo y Maldonado: éste es el que nos proponemos reseñar.

Deshecho el ejército de los comuneros, la viuda de Padilla y el obispo Acuña encerráronse en Toledo, que se defendió valientemente de las huestes imperiales, acaudilladas por el prior de San Juan.

El 23 de Abril de 1521 habíase peleado en Villalar, y hasta 25 de Octubre del propio año no sucumbió la imperial ciudad, logrando su valiente defensora condiciones tan excepcionales como las de amplio y completo perdón para todos los rebeldes, conservación de su libertad y de sus bienes, y desagravio á la memoria de los ajusticiados, que quedaron limpios de la fea é inmerecida mancha de traidores.

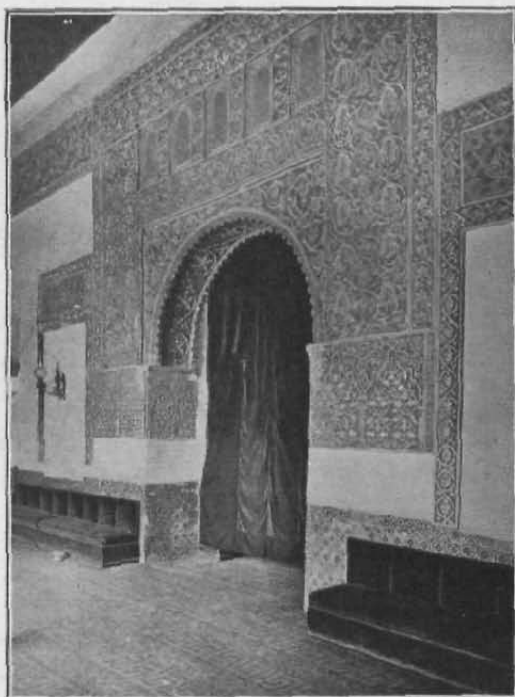
Dueños ya de la población los partidarios del primer Carlos y nombrado gobernador el obispo de Bari, transcurrió el tiempo en una paz material, que distaba de serlo en los ánimos de los dos partidos que allí se formaron, hasta la noche del primero de Febrero de 1522.

Ocurrió en aquella fatal velada, que habiéndose recibido en Toledo la fausta nueva de la elevación al solio pontificio del cardenal Adriano de Utrech, en reemplazo del difunto León X, quiso el pueblo celebrarla y, dando muestras de sincera alegría, se lanzó á las calles.

Recorría éstas la multitud, en vistosa comparsa con hachas de viento iluminada, y de todas las bocas brotaba espontáneo y sincero el grito de:

—¡Viva el Papa!

Y no era extraño que así sucediese, pues todos veían



SALÓN DE LA CASA DE MESA.

en la elección del cónclave, la seguridad de que el nuevo pontífice sería favorable al elemento español.

Mas, quiso la mala suerte que al peor aconsejado, hijo de un menestral forastero, se le ocurriera cambiar el suso-dicho grito por el de:

—¡Viva Padilla!

Y aquí fué ella.

Sin tener en cuenta la tierna edad de la criatura, algunos exaltados imperiales arremeten contra ella; sale el padre á la defensa de su amado vástago; toman partido por aquéllos y por éste los transeúntes, y se convierte en serio combate entre dos bandos lo que comenzó por ser particular cuestión; resultando de ésta, la criatura bárbaramente azotada, y los imperiales acosando al obispo para que pusiera coto á lo que juzgaban imperdonable desmán; en suma, las hostilidades rotas nuevamente, de hecho, ya que no de derecho declaradas.

Al capitular la ciudad y retirarse doña María, del Alcázar á su propio domicilio, había tomado la precaución de reservarse artillería y armas de todas clases; sus parciales, en el conflicto de que hablo, arrebataron una cureña á los enemigos para montar en ella una culebrina de gran calibre; pretendieron oponérseles los imperiales y, si bien fueron rechazados, lograron capturar al padre del muchacho, causa y origen de la cuestión.

Tan buena presa, casi les consoló de su derrota, y, ciegos por la ira, la peor de las pasiones, no vacilaron en



SANTA MARÍA LA BLANCA.



VISTA GENERAL DE LA CATEDRAL.

cuando se efectúe ésta, cubriéndonos de ignominia, las tropas que ha sacado el gobernador caerán sobre nosotros! No evitaremos el peligro y habremos cometido una mala acción.

Aquellos ciegos parientes de doña María impusieron á ésta por la fuerza; dejaron que la iniquidad se consumase y á duras penas consintieron en que la viuda tomara medidas para su propia seguridad, convocando á sus parciales y poniendo cañones en las embocaduras de las calles que á su casa conducían.

Pronto tuvieron la prueba de que doña María había acertado. Apenas terminado el suplicio del infeliz menestral, los imperiales cayeron sobre los comuneros, que rechazaron valientemente el primer ataque.

Entonces Gutierre López de Padilla, mirando por la salud de los suyos y comprendiendo que, á la larga



PUENTE DE ALCÁNTARA.

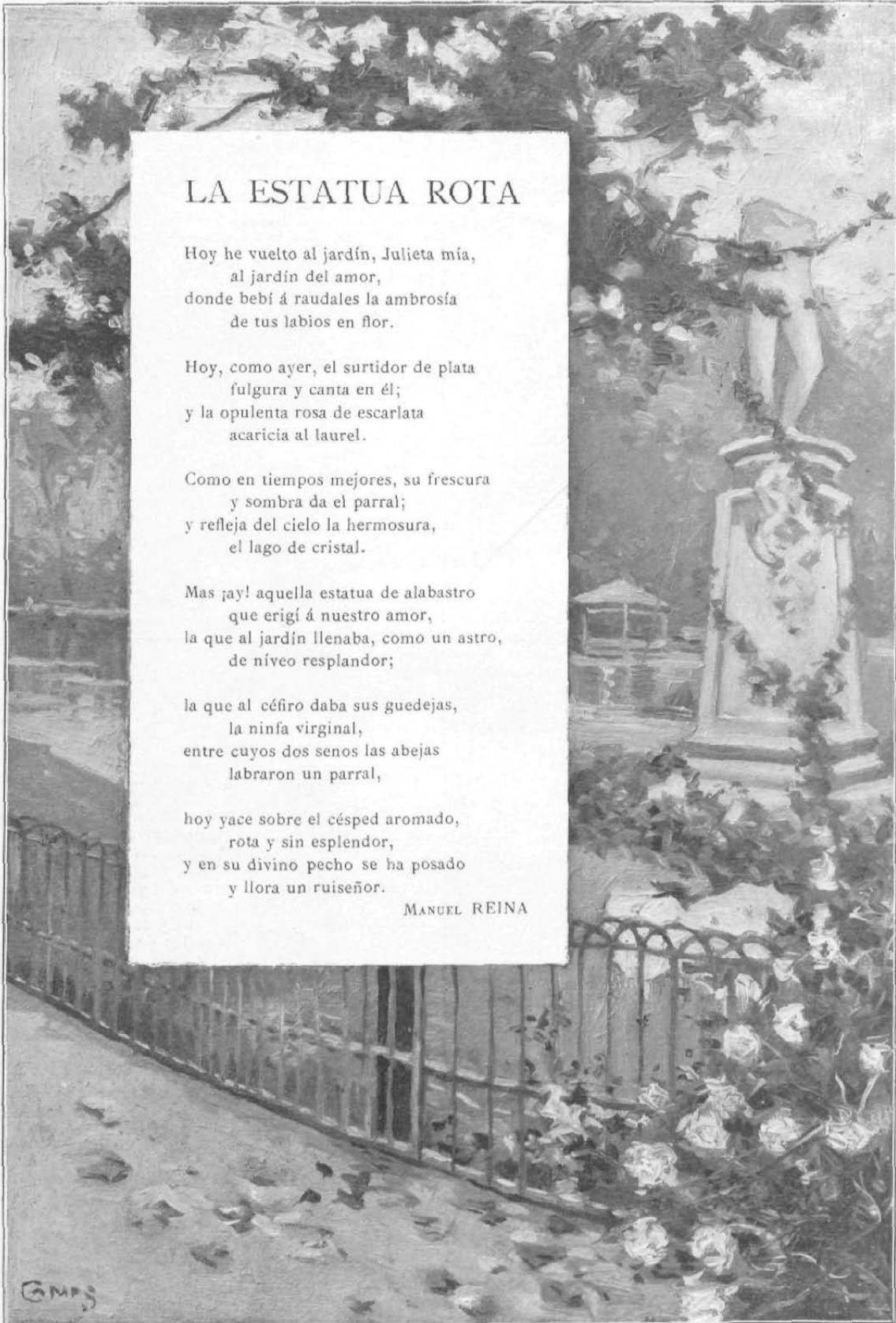
la resistencia sería imposible, interpusose, con riesgo de su vida, entre los combatientes, logró hacerse oír y se ajustó una nueva capitulación, en cuya virtud, cuantos aquella misma noche del 3 de Febrero saliesen de la ciudad, gozarían amplia libertad y no serían molestados; pero los que se quedaran estarían á merced del Rey y sus justicias, para sujetarse al inapelable fallo de éstas.

Por virtud de este convenio, que anuló el de 25 de Octubre anterior, doña María de Padilla y la casi totalidad de sus amigos salieron de Toledo; pero cuantos cometieron la imprudencia ó se vieron en la dura necesidad de no acompañarlos, perecieron en la horca; la casa de Padilla fué derribada; aróse su solar, que fué sembrado de sal... y ya no se volvió á hablar en lo sucesivo, de las Comunidades de Castilla.

Tal fué el fin que tuvo aquel movimiento, de carácter verdaderamente popular, y cuyos móviles, como de protesta contra la ingerencia extranjera en nuestros asuntos, no pueden menos de ser alabados; pero que ni fué dirigido por jefes dignos de serlo, ni de triunfar, hubiera dejado de privarnos de legítimas glorias: desgracia común á casi todas las sacudidas populares.

E. B.

Fotografías de Hauser y Menet.



LA ESTATUA ROTA

Hoy he vuelto al jardín, Julieta mía,
al jardín del amor,
donde bebí á raudales la ambrosía
de tus labios en flor.

Hoy, como ayer, el surtidor de plata
fulgura y canta en él;
y la opulenta rosa de escarlata
acaricia al laurel.

Como en tiempos mejores, su frescura
y sombra da el parral;
y refleja del cielo la hermosura,
el lago de cristal.

Mas ¡ay! aquella estatua de alabastro
que erigí á nuestro amor,
la que al jardín llenaba, como un astro,
de níveo resplandor;

la que al céfiro daba sus guedejas,
la ninfa virginal,
entre cuyos dos senos las abejas
labraron un parral,

hoy yace sobre el césped aromado,
rota y sin esplendor,
y en su divino pecho se ha posado
y llora un ruiñeñor.

MANUEL REINA

LA GUIJA

En el pacífico pueblecito ribereño de Areal, fué enorme el bullicio causado por el misterioso episodio de la desaparición del chicuelo. ¡Un niño tan guapo, tan sano, tan alegre! ¡Y no saberse nada de él desde que á la caída de la tarde se le había visto en el playazo, jugando á las guijas ó *pelousos*!

La madre, robusta sardinera llamada la Camarona, partía al corazón. Llorando á gritos, mesándose á puñados las greñas incultas, pedía justicia, misericordia... en fin, ¡malaña! que encontrasen á su hijo, su Tomasiño, su joya, su amor. El padre, el patrón Tomás, cerrando los puños, inyectados los ojos, amenazaba... ¿A quién? ¿A qué? ¡Ahí está lo negro! A nadie... Porque no pasaban de conjeturas vagas, muy vagas, las que podían hacerse. O á Tomasiño se lo había tragado el mar, ó lo habían robado. Si lo primero, ¿cómo no aparecía el cuerpo? Si lo segundo ¿cómo no se encontraba rastro del vil ladrón?

Bien pensado, cuando la pena dió espacio á que se reflexionase, lo de haberse ahogado Tomasiño no era ni pizca de verosímil. El rapaz nadaba lo mismo que un barbo; hacía cada *cole* que aturdí; y que hubiese tormenta, que no la hubiese, él salía á la playa después de una ó dos horas de chapuzón, tan fresco y tan colorado. El mar era su elemento,

no la tierra. Lo juraba el patrón: no tenía la culpa el mar.

La hipótesis del rapto ó secuestro empezó entonces á abrirse camino. La imaginación de los moradores de Areal la patrocinaba. Se habían llevado á la criatura. ¿Quién? ¿A dónde? Aquí tropezaba la indagatoria. Ni la justicia, ni los padres, ni el público lograban en esto adelantar un paso. La Camarona y el patrón no tenían enemigos. En Areal no se cree en brujas ni en el mal de ojo ó *envidia*. Esas son supersticiones de montaña. Tampoco hay malhechores de oficio. ¿Qué pescador, qué fomentador, qué aldeano de las cercanías, de la bonita vega de Areal, iba á robar á Tomasiño, sin objeto alguno?

Sin embargo, la Camarona, con esa viveza de fantasía de la mujer, sobreexcitada por el instinto maternal,—indicó al Juez una pista. Veinticuatro horas antes de la desaparición de Tomasiño, ella había visto por sus propios ojos, cuando llevaba su cesta de lengüados á vender al mercado de Marina de A, un campamento



de húngaros en el soto de Lama. Allí estaban los condenados, con unas caras de tigre, como demonios, puesto el pote á hervir en la hoguera que alimentaban con leña del soto, que no era suya. Ya se sabe que los húngaros, á pretexto de remendar sartenes y calderos, viven de robar. Ellos, y nada más que ellos, eran los autores de la fechoría. Apenas prendió en la idea, apresuróse la Camarona á buscar, en el soto de Lama, el sitio en que había reposado y vivaqueado la tribu errante. No tardó en encontrarlo: la hierba pisoteada por los caballos, las ramas rotas, y las cenizas de la hoguera,

lo delataban. Y en el momento de fijar los ojos en el residuo, negruzco sobre el verdor del suelo, la madre exhaló un salvaje grito de furor y de certi-



dumbre. Acababa de ver, entre la ceniza, un punto blanco: una china, un *pelouse*. Recogiendo aquel indicio, corrió á alborotar el pueblo. ¿Qué duda cabía ya? Tomasiño llevaba siempre en el bolsillo del pantalón las guijas del mar con que jugaba. Eran conocidas, eran inconfundibles: blancas como la nieve, redonditas como bolas, y tan pulidas que ni hechas á mano. Escogidas, ¡malaña! Las distinguía ella entre mil, las chinas de Tomasiño. Y hubo en Areal exclamaciones de cólera, llantos de simpatía, clamores indignados, descabellados planes... Pero al presentarse al Juez de Brigancia la Camarona, con la guija en la mano, advirtió que aquel señor no demostraba gran convencimiento. ¿Los húngaros? ¡Bah! De todo se les culpa... ¿Y por una china de la playa se ha de afirmar...? En fin, él enviaba un exhorto... Se avisaría á la Guardia civil... ¡Cualquiera acierta con el paradero de esos pajarra-cos! Hoy están aquí, mañana en Portugal... Bueno,

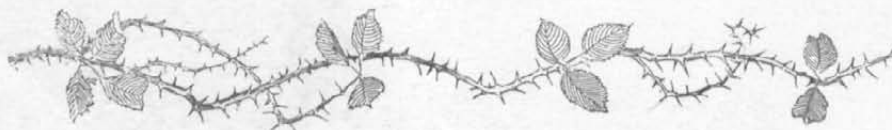
se trataría de echarles el guante.

Se trató, en efecto; sólo que no era la Camarona, no era la desesperada madre, sujeta á Areal por las duras cadenas de la pobreza, quien perseguía á los raptos. ¡Y éstos, y su presa, se encontraban ya muy lejos! Así es que la infeliz pescadora, con su guija siempre en la mano, se sienta por las tardes en el muelle, á la espera de las lanchas, y dice á las comadres preguntonas:

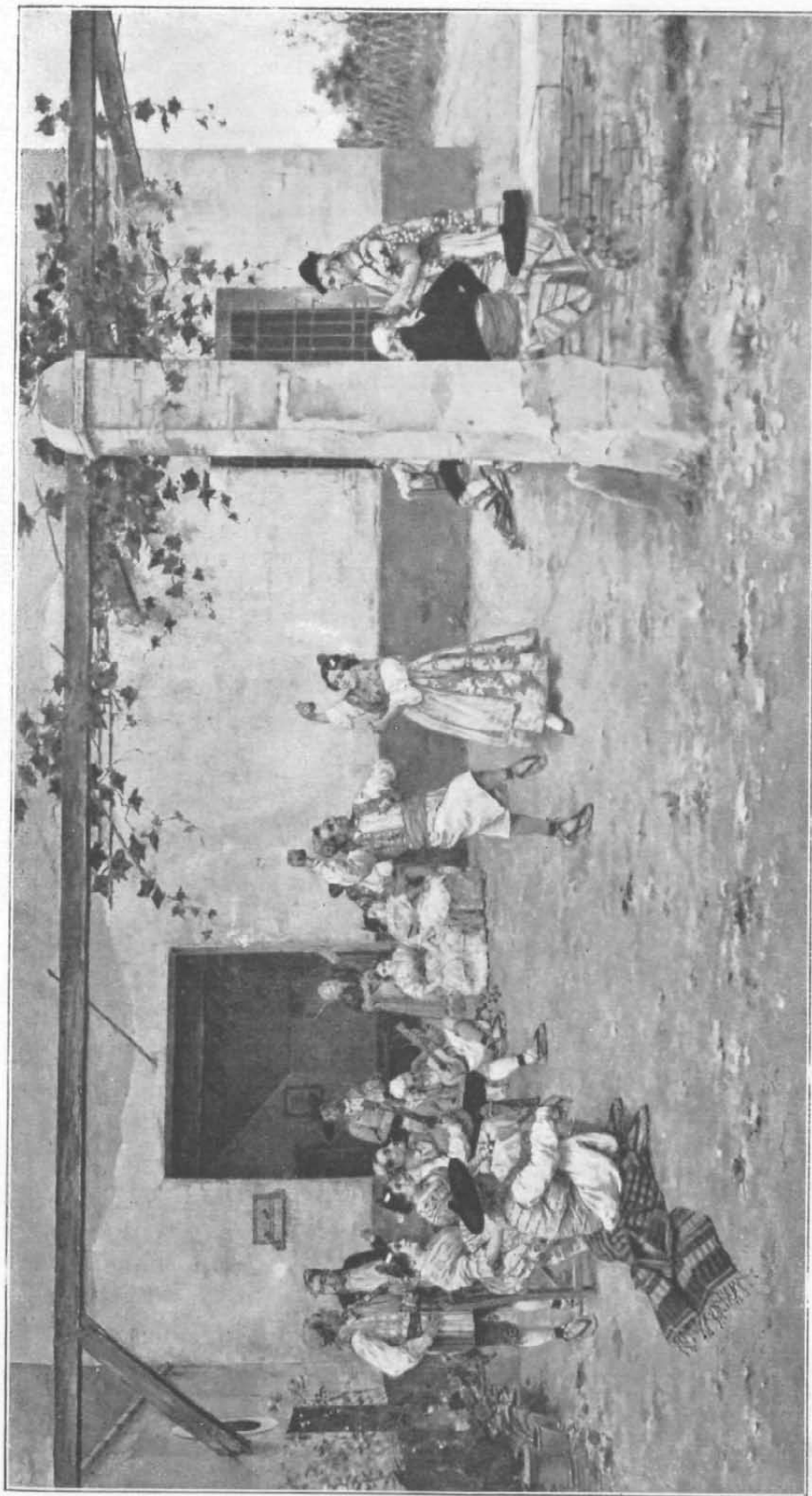
—¡Si pasa el Juez... se la tiro! ¡Y le acierto en la sién, malaña!

EMILIA PARDO BAZÁN

Ilustraciones de M. OBIOLS DELGADO.



JOAQUÍN AGRASSOT



FIESTA MURCIANA.

Salón Robira.

LA BOQUILLA

Ni él mismo supo explicarse cómo se le escapó de las manos.

El hecho es que, al ir á encender el rico cigarro con que le obsequiara el dueño de la casa, en cuyo honor nos hallábamos reunidos, celebrando sus recientes triunfos parlamentarios, la preciosa boquilla de espuma y ámbar resbaló entre sus dedos, chocó contra el borde de la silla y sus fragmentos quedaron esparcidos sobre la alfombra.

—¡Qué lástima!—exclamamos todos.

Alberto Cortínez, que así se llamaba el protagonista de la escena, hizo un gesto de disgusto, que no trató de ocultar, y, recogiendo los principales restos de la infeliz boquilla, dijo con calma:

—Ciertamente es una lástima. Poco era su valor real, pero constituía para mí un tesoro de gratos al par que tristes recuerdos.

—¿Historia tenemos?—exclamó uno de los contertulios.

—Propongo que nos la refiera,—insinuó otro de los presentes.

—¡Aprobado! ¡aprobado!—prorrumpieron todos á un tiempo.

—Ya que ese es el deseo de la mayoría,—siguió diciendo Cortínez,—no hay inconveniente alguno.

Nada de particular ofrece mi aventura, á no ser la influencia que tuvo en la transformación de mis ideas sobre la fidelidad de algunas mujeres casadas hacia sus respectivos cónyuges.

Todos nos aproximamos con curiosidad, al oír esta introducción, y Cortínez prosiguió su relato de la siguiente manera:

—Hallábame en ese período juvenil en que el amor lo avasalla todo; pero, á pesar de mi carácter sentimental y melancólico, muy propenso á enamoramientos, por rara excepción, no había sentido aún penetrar en mi pecho las aceradas flechas del divino rapazuelo.

Y es que, al par de mi novelador sentimentalismo, iba tomando cuerpo en mi mente otro ismo más pernicioso, un amargo excepticismo que libraba rudas batallas con el concepto ideal que de la mujer había formado.

Las relaciones que mis amigos hacían de sus conquistas y *trapicheos*, matizadas siempre de chistes y ocurrencias deprimentes para las heroínas de sus aventuras, contribuyeron no poco á desalojar de mi cerebro las ideas nobles y puras que de la mujer tenía, al salir de la adolescencia.

Yo había soñado en amar á una doncella casta y hermosa, inocente y tímida como una paloma, y aquellos desalmados, con su *mundología* picaresca, me quitaban toda esperanza de hallar sobre la tierra tan raro ejemplar.

Contagióseme su locura y, dejando por imposible la realización de mi sueño, me lancé por la senda resbaladiza de los amores fáciles, compitiendo en suerte y audacia con aquellos de mis amigos que más fama tenían de calaveras.

Acababa de terminar el cuarto año de estudios en la Facultad de Derecho y, en recompensa del éxito alcanzado en mis exámenes, recibí de mi familia, residente en Mendoza, felicitaciones y regalos, figurando entre los últimos una preciosa boquilla, para cigarro puro, que me mandaba mi padre.

Jamás he sido fumador famoso; pero la pueril vanidad de lucir la boquilla hizo que aumentara considerablemente el consumo de habanos, con gran detrimento de mi escaso peculio, que disminuyó en pocos días notablemente con aquellos egresos imprevistos, desnivelándose así mi presupuesto particular y produciéndose el consiguiente



déficit, que fué cubierto, más tarde, con créditos extraordinarios que me abrió la bondad paternal. Por aquellos días, me consideraba un muchacho feliz.

Cierta noche, penetré en una cigarrería, para proveer mi flamante petaca, obsequio de mi hermana Enriqueta, y me quedé gratamente sorprendido ante un busto de mujer que se dibujaba graciosamente sobre el fondo claro de la estantería.

Con los codos apoyados sobre el mostrador y las palmas de las manos sirviendo de soporte á la delicada y hermosa cabeza rubia, la esbelta cigarrera, en su actitud contemplativa, tenía algo de sobrehumano.

Miróme con curiosidad, al notar la impresión que me había causado, y, con una gracia exquisita, irguió su talle flexible, disponiéndose á atenderme.

No sé lo que pedí; sólo recuerdo que me llené los bolsillos de tabacos elegidos por los dedos sonrosados de aquella beldad. Al encontrarme de nuevo en la calle, aspiré el aire con ansia.

De lo que menos me acordaba era de la boquilla, y el afán de lucirme con ella desapareció como por encanto.

En toda aquella noche no pude dormir.

Doquiera que dirigía la vista, en la obscuridad de mi dormitorio, se me aparecía la bella cigarrera, que sonreía mirándome con expresión angélica.

Al día siguiente, me fué imposible resistir al deseo de volver á la cigarrería, con el pretexto de hacer nueva provisión, y desde entonces, seguí visitándola á menudo, siempre con el simulado objeto de nuevas compras.

Mis amigos salieron ganando, pues como no alcanzara á fumarlos los mazos de cigarros que iban acumulándose sobre mi escritorio, empecé á repartir habanos con verdadera profusión.

La bella cigarrera, mujer al cabo, comprendió al instante la pasión que me inspiraba, y tratando, sin duda, de apagar el incendio antes de que tomara mayor proporción, al oír mis primeras insinuaciones, se apresuró á manifestarme que era casada.

—¡Casada! ¡Gran Dios, era casada!

¡Aquel rostro angelical, aquellas manos marfileñas tenían un dueño!

El golpe fué rudo, pero pronto tomé una resolución. ¡No me importaba! ¿Era casada? Mejor; vencería todos los obstáculos, la asediaría sin descanso y... ¡qué dicha experimentaba al pensarlo! triunfaría al fin.

No vayan ustedes á imaginar que mi único móvil era hacerla mía. No, yo aspiraba á más, á mucho más, yo aspiraba á reinar en su corazón, á ser amado con idealismo, con delirio, con la misma pasión volcánica que yo sentía por ella.

Continuamente recibía cartas de mi familia, reconvinéndome por mi tardanza en volver al hogar paterno, á reposar de las fatigas del estudio, como hacía todos los años en vacaciones, y yo exprimía mi mollera, inventando pretextos para retardar mi viaje, á la par que fingía vivos deseos de apresurarlo, y hasta se me ocurrió hacerme el enfermo; idea que no llevé á la práctica, por temor de que viniese mi padre á buscarme y descubriera el verdadero motivo de mi permanencia en Buenos Aires.

Una mañana entré en la cigarrería, como de costumbre, á hacer mis provisiones, y me pareció observar cierta coquetería en la adorable cigarrera que me miraba sonriendo, mientras iba yo eligiendo cigarros de las cajas que extendía ante mí.

Decididamente, su corazón se iba ablandando.

—¿Sabe usted,—la dije, por disimular mi alborozo—que los Upmann que llevé el otro día no me parecieron legítimos? Les encontré no sé qué gusto especial... vamos... que...

—¿Los fumó usted con boquilla, verdad?—observó ella.—Fume usted éste,—y mordiendo la punta de un habano, me lo presentó riéndose, al ver que lo llevaba



presuroso á mis labios, antes de que se escapara el perfume de aquella boca admirable, *boquilla* divina, de ámbar y rosas.

Desde aquel momento, pareció estar más complaciente conmigo, y ya sólo fumé cigarros mordidos por ella, desechando por completo la boquilla que mi padre me regalara y que ella se ofreció á guardar como un recuerdo de nuestras relaciones... amistosas.

Las cartas de mi familia menudeaban y mis amigos me acosaban á preguntas sobre las causas que motivaban mi alejamiento de su círculo.

Yo estaba cada día más loco.

Una tarde, me hallaba eligiendo cigarros y requerebrando con voz apasionada á la vendedora, cuando vi salir del interior de la cigarrería á un hombre alto y bastante buen mozo, quien, mirándome con indiferencia, dijo tranquilamente á mi diosa:—Hasta luego.

Quien nunca haya tenido celos, no es posible que comprenda lo que sentí en aquel instante. Me hubiera lanzado sobre aquel hombre dichoso que me robaba el cariño de la primera mujer que amaba de veras, y lo que más me irritó fué, ver en los labios de mi rival mi preciosa boquilla, el regalo de mi padre, que había confiado á mi amada, como si fuese algo sagrado.

No pude contenerme y, tomándola una mano, exclamé con fiera:—¡Mi boquilla! ¡esa es mi boquilla! ¿Así guardas lo que te confío?

La cigarrera se desasíó vivamente y exclamó con dignidad:—Está muy bien, caballero. Se enoja usted porque mi marido fuma en su boquilla y usted intentaba....

Una mirada severa terminó la frase y toda mi energía desapareció ante tan terrible dialéctica.

A punto estuve de arrodillarme y pedir perdón, pero ella se adelantó diciéndome, al par que me tendía una mano cariñosamente:—Somos amigos ¿eh? Nada de enfurruñarse por tan poca cosa. ¿Que mi marido tiene su boquilla? Pues bien, yo le regalo esta otra, en prenda de mi amistad.

Besé con efusión la mano que me tendía y, tomando el obsequio, salí de la cigarrería vivamente emocionado.

Al día siguiente, partí para Mendoza, y los halagos de mi familia fueron eficaz paliativo para mis penas.

Al volver á Buenos Aires, formé el propósito decidido de evitar encontrarme con la mujer deliciosa que involuntariamente me había hecho sufrir tanto.

Me remordía la conciencia de haber intentado turbar la paz de aquel matrimonio...

Aquí llegaba Cortínez en su relato, cuando uno de los presentes preguntó, mientras sonreía socarronamente:—¿Se llamaba María, por casualidad, su ideal cigarrera?

—¿Cómo?—dijo Cortínez—¿usted la conocía?

—Trabé relación con ella cuando aún hacía poco tiempo que había llegado de España.

—Pero... ¿Usted conocería también al marido?

—¡Qué marido ni qué ocho cuartos! Al marido se lo dejó en Cádiz, según supe de buena tinta, y el buen mozo aquel que usted vió...

—¿Quién era?

—Su amante.

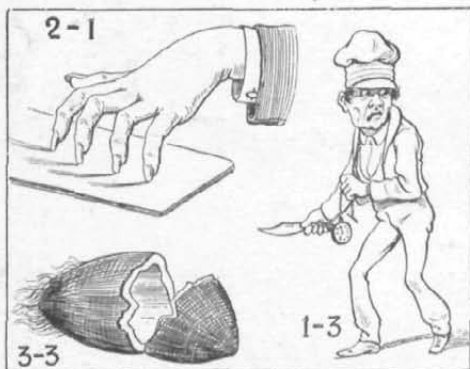
Cortínez dejó caer maquinalmente los restos de su boquilla.

VICENTE NICOLAU ROIG

Buenos Aires.

PASATIEMPOS

CHARADA EN ACCIÓN



LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 — Parte de la corona Condal.
+ 0 1 6 3 4 5 8 7 — Papel.
4 8 1 8 3 6 3 0 — Oficio.
1 2 3 5 7 7 0 — Célebre pintor.
1 2 3 4 5 8 — Capital de provincia.
1 5 3 8 3 — Acción de la persona.
7 8 0 — Denominación geográfica.
8 3 0 — Juguete.
7 8 — Artículo.
0 — Nombre de virgen.

L. M.

JEROGLÍFICO



Las soluciones en el número próximo.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico. —

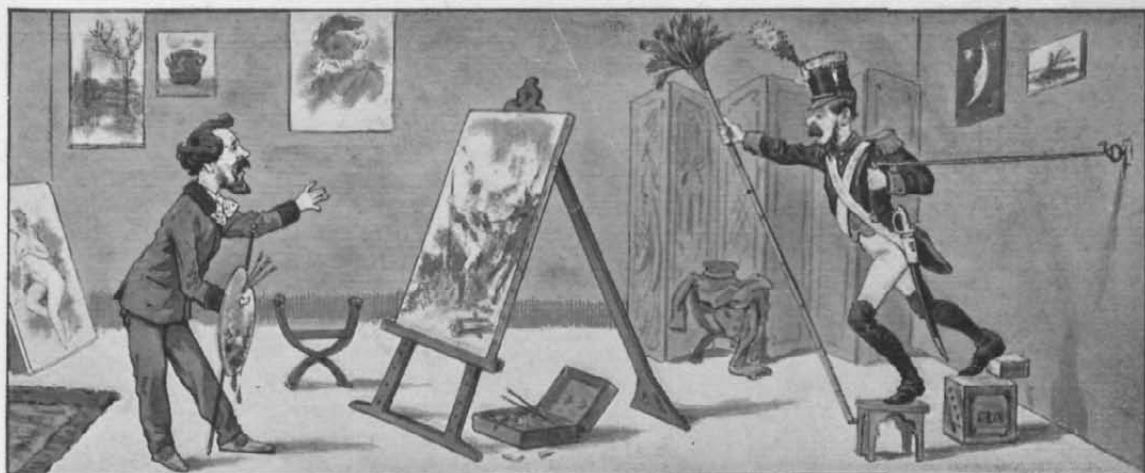
No mires no tan alto,
luz de mi vida,
porque á todos los astros
causas envidia.

Cruz de rombos combinados. —

S O L
M E N O S
M A S
M T M
J E M M O S E I S
D O N A T O J I M E N E Z
L O S S I L S O R
S M S
L E S
M I N O S
S E R
Z

Frase hecha. — En brazos del destino.

NOTA. — No se devolverán los originales, aunque ajenos de utilizarse.



1.



2.



3.



Publicado por la casa «Theophile Roederer & C.^a», Reims (Francia).